

Entrevistas con fecha

LA vedette es como la legítima descendiente de Eva en los escenarios. Es la tentación cubierta de plumas. Tuvo su cénit en los años cuarenta y cincuenta, cuando el tren, el estraperlo y el fútbol. Frente a las «stars» de Hollywood, la revista nos proponía una hermosura más racial, una forma de pecar con la mirada adaptada a nuestra idiosincrasia. Finita Rufete fue una de aquellas estrellas de revista que hacían subir la temperatura de los teatros.



Finita Rufete en olor de zapatos y radionovelas

«Nací en 1934, en Alicante, en el barrio de las Carolinas. Mi padre murió en la guerra, y mi madre se vino a Elche porque estaba colocada en Auxilio Social de cocinera. Aquí empecé en el teatro. A los 9 años. Un día me vesti de carnaval, y en la feria un chico que llevaba un teatro de chiquillos, me vio y me dijo si quería trabajar con él. Allí no había música ni nada. Cantaba un cuplé titulado «Patio moro».

La entrevista se desarrolla en un domingo algo gris y húmedo, en el Parque Deportivo. Intento retrotraer a la mujer que tengo delante a sus años de esplendor, al clima de los camerinos con el espejo omnipotente, cruel o adulator. Finita vestida de lentejuelas, alta, la voz segura interpretando una canción frívola, los hombres rendidos a sus pies.

«Pepe Ruiz formó un espectáculo infantil en el teatro Llorente, y él fue prácticamente quien hizo de mí una artista, porque Pepe ha sido un gran director frustrado y tenía el arte metido en el cuerpo. Eramos Angelita Corbí, Angelita Mora, Josefina Lozano... Empezamos a ir a las partidas, a Algoda, el Derramador. Yo trabajaba entonces en una fábrica, cortando hilitos delante de una máquina, y los sábados y domingos salía a Orihuela, Alicante... Cantaba cosas de Juanita Reina, Concha Piquer, Lola Flores».

El carnet de artista

Finita era una especie de Cenicienta. De lunes a viernes, ensayaba in mente el repertorio en un olor de zapatos y radionovelas; el fin de semana, el yo profundo de su personalidad amanecía entre candilejas. Luego, el domingo por la noche, la ilusión se desvanecía. Tal vez el cuento de la Cenicienta, leído así, por semanas, nos afecte a todos.

«Yo he llevado el teatro en las venas. Prefería no comer, no dormir, pero trabajar en el teatro. Mi madre me dio muchas palizas, porque a veces salíamos por esos pueblos, viajando en un carro, pasando hambre y no explicaba que necesidad tenía yo de pasar esos apuros. Con 14 años me hicieron el carnet. Por mediación de Pepe Ruiz me lo falsificaron, y me lo dieron antes de hora. Un representante de Madrid comenzó a buscarme tra-



Primera figura en «Las chicas del tren»

bajo en aquellos cafés cantantes. Era 1949 ó 1950. Un día fui a Logroño a un café cantante que se llamaba «Comercio», y estaba allí un empresario de Zaragoza, don Celestino Moreno, dueño del Oasis, y me dijo que si quería hacer revista en su local. Estuve 6 meses trabajando en el Oasis, y al año siguiente se formó «Las chicas del tren», que fue la primera revista en que yo salí de primera figura».

¿Cuál era el público de la revista? Uno se imagina este plante: viajeros de comercio de paso por la ciudad, honrados funcionarios con sus santas, campesinos con la sangre brava, adúlteros, solterones, inmigrantes, quintos, familias de gitanos elegantes, un poeta sin suerte, meretrices, bomberos francos de servicio... La clase de gente que uno puede encontrarse actualmente en un bingo.

Las chicas de Colsada

«Actuamos en el teatro Madrid con «Las chicas del tren».

Finita Rufete, Eva en la revista

«Mi madre me dio muchas palizas, porque a veces salíamos por esos pueblos, viajando en un carro pasando hambre, y no se explicaba qué necesidad tenía yo de pasar esos apuros»

De Madrid fuimos a San Sebastián, donde me hicieron madrina de los estudiantes porque yo cantaba entonces la famosa «Estudiantina portuguesa». Allí, Quintero me vio y me ofreció hacer un espectáculo de Quintero, León y Quiroga, un poco mixto de revista y folklore. No lo pude hacer, porque don Celestino me acababa de contratar por otro año. Al terminar «Las Chicas del tren» pasé a trabajar con Colsada. Ese tópico de que las chicas de Colsada eran todas mujeres de la vida alegre es un poco un concepto equivocado. Por aquellos tiempos se cerraron las casas de prostitución, y entonces había chicas que tuvieron que meterse de vicetiples en los conjuntos para ganarse la vida, y después ejercer el oficio más antiguo del Mundo. Pero allí había cinco con esa doble vida y veinte que eran unas chicas fenomenales, decentes y artistas. Entonces entrar en un conjunto no era fácil. De todas formas, las que íbamos de primera figura teníamos una re-

lación buena con ellas dentro del teatro, pero fuera cada cual tenía su vida particular».

Finita Rufete habla desmitificadamente. Ella misma no es lo que representa, lo que su pasado de vedette nos haría, nos gustaría, suponer: manías y caprichos, vanidad, nostalgia, morbo, líos... Confieso que como entrevistador me siento algo defraudado por no poder ofrecer un material más decadente, pero Finita es un ser por completo ajeno a las novelorías.

«Con Colsada estuve tres años, luego con don Manuel Paso y después me casé y mi marido y yo llevamos un espectáculo propio. Mi marido era Pepe Mairena, cantaba «La ovejita lucera», «El toro nevado», «La perrita pequinesa», y decidió retirarse 2 ó 3 años para montar un negocio. Yo volví con Colsada durante 3 ó 4 años, y después mi marido formó una compañía y estuve actuando en ella hasta que murió en 1976. Mis canciones de mayor éxito fueron «Estudianti-

na portuguesa», «Yo seré la tentación», «Bandoleros calabreses»...

Carmen de Lirio

Finita Rufete fuma negros y bajo una envoltura física de calidad encubre cierto brío, una ideología de mujer curtida en la vida. Es tal vez la única huella que el pasado dejó en ella. Vindica el arte por el arte de la revista.

«La gente iba a la revista por el libro, no por las chicas. Salíamos todo lo más con maillot y con volantes por la entrepierna y por aquí arriba. No se veía ni la raya del pecho. Las vedettes hacíamos uno o dos números en maillot, pero los restantes eran con traje de largo. Eso sí que es un mito. Entonces había la misma libertad que hay ahora... Me han gustado todas las aristas de verdad. Recuerdo a Carmen de Lirio, que llevaba de cabeza a todos los hombres porque era muy hermosa y tenía una personalidad increíble. Mujeres y hombres se quedaban bobos, y siempre actuaba de largo».

Los tiempos heroicos de la revista han desaparecido. Hoy se sueña de otro modo, delante del televisor o del video. Los escuadrones de sirenas coleantes sólo interesan a los nostálgicos. Sin embargo, quiero recordar aquí a toda una generación que tuvo que conformarse con mirar aquellos carteles de revista donde aparecía una escultura amazónica, porque el portero del Gran Teatro nos prohibía la entrada.

«Bebé Palmer es distinta a mí. No la conozco, pero la vi actuar una vez y me gustó. Me da la sensación de que ella empezó en salas de fiesta y luego pasó a la revista. Era el tipo de mujer que empezó a llevarse un tiempo después. Cuando yo actuaba se llevaba la mujer llenita, con curvas, y ella es delgada. Los modistos crearon a la mujer recta, como espigas, pero yo considero que la mujer debe tener curvas para diferenciarse del hombre... Al morir mi marido me retiré. Ahora me dedico a vivir con mi madre y mi hija, y a hacer punto. No me diferencio en nada de cualquier madre de familia. Además, como nunca me atrajeron los cócteles, los jaleos, tampoco los añoro».